

Consiguí que la reina Carolina participase de ese rencor, mucho antes de tener éste motivos harto justificados con la muerte de Luis XVI y de la reina María Antonieta. Un solo hecho dará idea del odio de Acton hacia Francia. Durante una carestía en la que el hambre hacía estragos, rechazó un barco cargado de trigo, por el hecho de que el buque venía de Francia, enviado por Luis XVI.

En una expedición contra los berberiscos, en la que mandaba una fragata, fué el único que demostró cierta capacidad. El rumor de una hábil maniobra llevada a cabo bajo su dirección, llegó a oídos del príncipe de Caramanico, el cual, apasionado de la gloria del trono en el que se sentaba la mujer amada, propuso al Rey los servicios de Acton. Un simple signo de asentimiento de la Reina fué bastante para que el Rey aceptase.

Ahora bien: ¿cómo pudo el Príncipe, modelo de elegancia y lealtad, ser reemplazado por un simple oficial irlandés, brutal, no joven ni guapo? Es uno de esos misterios que el amor o el capricho realiza, pero que la inteligencia no explica.

El hecho inexplicable ocurrió, empero. Juan Acton sucedió al príncipe José de Caramanico, que fué enviado, o por mejor decir, desterrado a Londres con el título de Embajador, y que al cabo de dos o tres años volvió a Sicilia con el de Virrey.

Se encontraba en Parma cuando la Reina me hacía confidente de lo que acabo de contar.

El señor Juan Acton había escogido un momento muy desfavorable para llamar a la puerta de la Reina.

Sin embargo, como si esta interrupción hubiese bastado para cambiar el curso de sus ideas, Carolina cerró la pequeña cajita, la volvió a colocar en la gaveta de su bufete, corrió la tablita que disimulaba aquella, detúvose delante de un espejo, se arregló el peinado, y, con afectado acento de indiferencia:

—Vámonos a pasear—dijo, tirando del cordón de la campanilla.

Un instante después golpearon en la puerta.

—Entre—dijo la Reina, colocándose el chal sobre los hombros.

—Vuestra Majestad olvida que ha cerrado la puerta por dentro.

—Es verdad... Abre, Emma.

Obedecí.

La Reina se volvió para ver quién entraba.

—¡ Ah! ¿eres tú, San Marco?—dijo.

—Esta noche cenamos entre mujeres: tú, la San Clemente, Emma y yo. El gabinete rosa y el saloncito estarán iluminados; se pasará aviso a nuestros contertulios habituales: Rocca-Romana, el viejo Gatti, Maliterno, Pignatelli; pero, nada de gente fastidiosa y dada a sermonear, nada de diplomáticos. Si viene Termoli, será bien venido.

—¿Es preciso invitarle?—preguntó la marquesa de San Marco.

—No, por cierto; dejemos algo a la casualidad.

Luego, dirigiéndose a mí:

—Es el hijo de San Nicandro—dijo—del idiota que ha educado al Rey. Se siente tan avergonzado de la obra de su padre, que ha tomado el nombre de uno de sus feudos, Termoli. Es hombre de corazón, y he resuelto que la falta del padre no recaiga en el hijo, a quien he perdonado... Pero Lemberg, bajo ningún pretexto; ¡nada de sabios! En todos los países del mundo, querida mía, los sabios son enfadosos; en Italia, lo son con exceso; en suma, diez o doce personas a lo más, todas íntimas mías.

Después, mientras bajábamos por la gran escalera, añadió:

—Hay personas de mi intimidad y otras de la del Rey; es verdad que los íntimos del Rey no son numerosos.

Bajamos; en el patio nos esperaba una calea arrastrada por dos caballos, sin más distintivo que una F y una B debajo de una corona cerrada; el cochero iba de media gala.

La Reina y yo nos habíamos vestido exactamente igual la una que la otra; un traje de satén blanco, una pluma blanca en los cabellos, un chal azul

componían nuestro vestido. La sola diferencia que había entre nosotras era que la Reina tenía los cabellos dorados y los míos eran de un castaño subido.

Salimos del palacio. Al pasar por enfrente de una casa de apariencia bastante agradable, la Reina extendió el brazo.

—¿Ves esta casa?—me dijo.

—Sí, Majestad.

—Pues bien, es la pescadería de mi augusto marido. Aquí es donde él vende el pescado, empleando un lenguaje que no cede en nada al de sus buenos amigos los *lazzaroni*. ¿Nunca has visto ese curioso espectáculo?

—No, Majestad, ni deseo verlo.

—Estás equivocada; ello te daría probablemente de la majestad real una idea totalmente opuesta de la que tienes formada.

Esto diciendo, se hundió en el respaldo del carruaje, con uno de los movimientos de impaciencia y de desdén que en ella eran peculiares cuando hablaba de su marido.

Era la hora de pasear. Había una enorme afluencia de vehículos, que, siguiendo la costumbre, iban hasta el extremo de Mergellina, regresaban por el riachuelo de Chiaia, subían por la calle de este último nombre hasta la iglesia de San Fernando, luego seguían por la de Toledo hasta el Mercatello, y volvían al punto de partida, recorriendo siempre el mismo trayecto. En Nápoles no hay más que un solo paseo, si este nombre puede darse a un piso polvoriento y a una calle que, caldeada durante el día a una temperatura de cincuenta grados, mantiene la de treinta en las horas de la noche.

Durante todo el paseo, la calea real fué objeto de la curiosidad pública. Era yo aún poco conocida en Nápoles, de suerte que aquel honor otorgado a una persona extraña, causaba el asombro de todos. Tan sólo algunas damas de la corte se levantaban de sus asientos como movidas por una sacudida eléctrica, y exclamaban, las unas: «¡Lady Hamilton!», otras: «¡La embajadora de Inglaterra!» Dos o tres exclamaron: «¡Emma Lyon!»; lo cual era,

desgraciadamente, una demostración de que también con este nombre me conocían.

Nos cruzamos con mi viejo adorador el obispo de Derry. Al verme en el coche de la Reina, su semblante se iluminó con un rayo de alegría; pero no pareció asombrarse en lo más mínimo. Si me hubiese visto sentada entre Juno y Minerva, apenas le habría parecido digno de mí aquel puesto de honor.

A todas esas exclamaciones, la Reina sonreía con su altiva sonrisa, que parecía decir: «¿Por qué, si tal es mi voluntad?»

Ya de noche, regresamos a palacio.

Contiguo al comedor, iluminado a *giorno* y en el que estaba preparada la mesa para nuestra pequeña e íntima reunión, se hallaba el gabinete reservado de que había hablado la Reina; ese misterioso retiro sólo aparecía iluminado por una lámpara de alabastro que esparcía su luz blanquecina sobre los muebles y tapices; las ventanas daban al terraplén, y, al través de las hojas de los naranjos, se veía brillar el mar, encendido con los postreros reflejos del sol poniente.

María Carolina atravesó el comedor y me condujo al gabinete en cuestión.

Dudo que la reina de la voluptuosidad, la misma Venus Astarté, cuando era amada de Adonis y adorada por Pericles y Alcibiades, hubiese inventado algo más suave, más perfumado que aquel encantador nido de paloma. Evidentemente, aquel recinto, que parecía hecho de nácar y hojas de rosa, no podía repetir, no podía tener eco para ninguna palabra o murmullo que no fuesen palabras tiernas o murmullos del corazón; respirando su perfumado ambiente, uno se sentía rodeado, envuelto en las más voluptuosas corrientes magnéticas de la Naturaleza. Apenas hube entrado, experimenté una rara sensación, como si algún dulce encanto adormecido en mí se despertase de súbito. Era un encanto parecido al que había sentido aquella noche en que sir Harry se acercó a mi lecho para ocupar el sitio de su amigo sir Juan. Todos los sentimientos de

misteriosa languidez aletargados en mi alma desde mi enlace con sir Guillermo, y que yo consideraba muertos y sepultados, se estremecieron y palpitaron nuevamente. Mis labios se secaron, entornáronse mis ojos; mi pecho se inflamó, y caí sobre los cojines, murmurando:

—¡ Ah! ¡ cómo no amar aquí!

—¿ Y quién te impide amar?—preguntó la Reina.—¿ Acaso no estás en la edad del amor?

—Sí—respondí;—pero, ¿ a quién amar?

—¡ He ahí la cuestión! como dice tu poeta—respondió la Reina.—¿ A quién amar? Es lo que Safo pedía al Amor antes de ver a Faón; le vió, y pagó con la vida el haber puesto su mirada en el hermoso Lesbiano. ¡ Pobre Emma!—añadió la Reina a media voz;—tienes razón: ¿ a quién amar? Porque el amor de los hombres es mortal, y las verdaderas amistades, créeme, son las amistades de mujer.

Me levanté y la miré con extrañeza.

—Mira a mi pobre hermana María Antonieta—dijo;—durante siete años ha sido la esposa de su marido sin ser su mujer. Pues bien, estos siete años han sido los más felices de su vida. Ha tenido, ciertamente, la dicha de encontrar dos amigas, dos amigas tal como yo quisiera encontrar una: la princesa de Lamballe y la señora de Polignac. Te mostraré las cartas que mi hermana me escribía en aquella época; por ellas se adivina que en su corazón no anidaba la tristeza. Los Dillon, Coigny, los Fersen han desencadenado la tormenta sobre ella... ¡ Lamballe y Polignac! Era el tiempo de bonanza, de luz y calor. ¿ Quieres, Emma, ser para mí—dijo la Reina, rodeándome con su brazo,—lo que aquellas dos tiernas amigas fueron para mi hermana María Antonieta?

—¡ Oh, sí!—exclamé con toda la ingenuidad de mi alma;—¡ oh, sí! lo quiero de todo corazón.

—¡ Gracias!—repuso la Reina, poniendo, en un movimiento rápido y vehemente, sus labios sobre los míos.—¡ Oh! comprendo que te amaré más de lo que nunca he amado.

Lancé un débil grito; no esperaba aquella caricia poco menos que viril. Parecíame que las fuerzas me abandonaban, que una nube obscurecía mi vista, que iba a desvanecerme. Me levanté con esfuerzo, rechazando suavemente a la Reina.

—¡ Oh!—murmuré.—¿ Qué tengo? Me parece que me sofoco.

—No hay nada de extraño en esto—dijo la Reina, levantándose a su vez y sosteniéndome por el brazo;—no es de extrañar, dado este calor de julio y estas ropas de satén y estos corsés de ballena que llevamos... Créeme, querida amiga, y aprovechemos los minutos que nos quedan para la cena despojándonos de todas estas prendas y poniéndonos simples peinadores. Esta noche no habrá sino amigas, y, por otra parte, tú no necesitas de adornos para ser bonita. Inútil que te lo diga, pues lo sabes, y a la una de la madrugada, cuando se hayan retirado, nosotras dos encontraremos nuestro baño preparado, y te pondrás fresca como Venus saliendo de esas aguas que ves centellear allá abajo.

Diciendo esto, la Reina me desabrochaba el vestido y desataba el lazo de mi corsé. Vestido y corsé cayeron al suelo.

Yo respiré, lanzando un suspiro de bienestar.

—Cuando una mujer es bien formada como tú, es pecado llevar otro traje que no sea el de Aspasia. Espera, que voy a ponerte la túnica, bella griega mía. ¡ No vayas a coquetear, a lo mío esta noche, con Rocca-Romana! Me sentiría celosa.

—¿ Alguno de esos dos señores—pregunté sonriendo—tiene la dicha de ser mirado con interés por Vuestra Majestad?

—¡ No digo que me sintiese celosa de ellos, inocente!—repuso la Reina.—Digo que estaría celosa de ti. En ese sillón, cerca de mi cama, encontrarás preparado el traje de noche...

Y mientras así hablaba, abría una puerta que comunicaba con el dormitorio.

—¡ Póntelo! voy a llamar para que me traigan otro igual.

—¡ Igual!

—Desde luego; ¿ no hemos convenido en que somos dos hermanas, más aún, dos amigas?

María Carolina tocó el timbre.

Pasé al dormitorio, amueblado así mismo con refinado y caprichoso gusto.

El traje de noche de la Reina se componía de una túnica de batista, ceñida en el talle por un cordón de seda, y un par de chinelas de satén rosa.

Apenas me lo hube vestido, la Reina entró con otro semejante.

Me miró un instante, y con encantadora sonrisa me dijo:

—Estoy tentada a hacer por ti lo que mi hermana María Antonieta hizo por la pequeña princesa de Lamballe, esto es, aumentar el presupuesto de la Corte creando la plaza de *dama de noche*; así conseguiría tenerte constantemente a mi lado. Es verdad, empero, que me indispondría seriamente con sir Guillermo.

Me eché a reír.

—Yo no sé si Vuestra Majestad recibiría o no con él—respondí;—pero lo que sé es que esa plaza de *dama de noche* que Vuestra Majestad piensa crear en el palacio real, no existe en la embajada de Inglaterra, o existe en tan mínima proporción, que ni vale la pena de ser mentada.

—Heme tranquilizado por ese lado; pero tiemblo por otro...

—¿Cuál es, Dios mío?—pregunté.

—Cuando el Rey te vea tan hermosa, se va a prender de ti.

—¡ Ah, Dios mío! ¿ qué me dice Vuestra Majestad?

—¿ Me permites que te defienda contra él?

—Se lo agradezco... pero me figuro que me basto para defenderme a mí misma.

—¿ Quieres que te aconseje un buen medio? Perfúmame con el perfume que prefieras, no importa cuál, cada vez que vengas a la Corte. El Rey es como su antecesor Enrique IV: detesta los perfumes. Yo, al contrario, los adoro. Ahora, mírame, veamos... Decididamente, eres encantadora, diez veces más encantadora que cuando vas ata-

viada con lujo y adornos. Deja tan sólo que adorne un poco tus cabellos.

La Reina abrió un cofrecito que había en un tocador, sacó de él un rosario de perlas y brillantes y me lo colocó en la cabeza.

Carolina parecía haber abdicado toda su coquetería personal en favor de mi hermosura, a expensas suyas. No se habría dicho que era una mujer componiendo a otra mujer, sino un amante ataviando a su querida.

—¡ Oh!—dijo—la San Marco y la San Clemente van a morir de envidia... Se nos había anunciado la venida de una inglesa, y cuando creíamos ver a una inglesa de las corrientes, he aquí que, por el contrario, nos llega del país de las lánguidas *mistress* una especie de Cleopatra, de cabellos castaños, ojos de no sé qué color, y cutis... ¿ de qué está hecho tu cutis, mi buena amiga?... ¿ De armiño o de cisne? A fe mía, estoy arrepentida de haber invitado a toda esa gente; habríamos estado solas. Tengo ganas de no recibirlos... Pero, no; los recibiré; serás coqueta como una gata, ¿ no es verdad? Se dice que eres una actriz maravillosa y un prodigio en la danza.

Me puse colorada.

—Es sir Guillermo el que lo dice... Recitarás versos, cantarás, harás cuanto sepas para enloquecerlos. En todo Nápoles, mañana no se hablará más que de ti, y cuando me hablen de lady Hamilton, diré: « ¡ Sí, es mi amiga, mi Emma! » Y los hombres me tendrán envidia, y las mujeres odio... ¡ Ah! ¡ yo te comería viva!

Desnudóme el hombro y estampó un beso en él.

En aquel momento se abrió la puerta, y dijeron:

—Vuestra Majestad está servida.

—¡ Ven!—dijo la Reina.

Y entramos en el comedor.

liz; su frente se mostraba serena, una sonrisa plácida se dibujaba en sus labios, que comúnmente expresaban desdén.

Al verla, se levantó un murmullo de admiración, seguido de aplausos.

María Carolina dió su mano a besar a Rocca-Romana y a Maliterno.

Rocca-Romana, que se estrenaba en la vida de aventuras que ha hecho de él el Richelieu de Nápoles, era todavía joven, casi un niño; tenía fama de guapo y elegante, y lo era en verdad.

En él se manifestaba el hombre nacido en la aristocracia y destinado a vivir en la Corte.

Maliterno era de más edad y no tan guapo; su cara, más severa y varonil, y algunos años más tarde, en 1796, en el Tirol, un sablazo que recibió en el rostro y que le reventó un ojo, dió a su fisonomía un aspecto aún más sombrío.

En cuanto al doctor Gatti, creo que ya he hablado de él; era un cortesano que, a favor de su título de médico, entraba por todas partes, no para ejercer de médico, sino para intrigar. La Reina sentía por él escaso afecto, y, sin embargo, le concedía alguna influencia.

El príncipe Pignatelli, que adquirió después una grande celebridad como vicario general del reino, cuando la familia real abandonó a Nápoles y huyó a Sicilia, era entonces un hombre de treinta y dos a treinta y cuatro años, sin ningún rasgo notable, ni en lo físico ni en lo moral; era uno de esos ministros complacientes y sin energía que se someten incondicionalmente a la voluntad de los reyes.

Viendo a la Reina tan radiante de satisfacción, todos los semblantes adquirieron la misma expresión.

La Reina me presentó a los siete u ocho familiares del palacio real que habían acudido a su invitación, y de los cuales he nombrado los principales.

Como todas las alemanas, Carolina era una apasionada de la música. En el salón había una variedad de instrumentos musicales, destacándose en primer término un clavicordio y un arpa. La Reina me preguntó si tocaba algu-

XLVIII

Las damas de la Reina, las que eran consideradas como amigas suyas, no siendo más que sus confidentes, la marquesa de San Marco y la baronesa de San Clemente, estaban en traje de Corte, lo cual hacía un singular contraste con nosotras. Llevaban los cabellos empolvados y colorete en las mejillas. Por vez primera me di cuenta del lado ridículo de tales composturas. Las pobres mujeres parecían dos máscaras.

Con todo, ambas eran hermosas, la marquesa de San Marco especialmente; pero era la belleza sin gracia, sin flexibilidad, sin atractivos.

La Reina, al contrario, aunque un tanto obesa por virtud de sus treinta y seis años, estaba encantadora. Habriase dicho que, bajo el peso de una noticia desagradable que ignoraba aún, pero que indefectiblemente debía conocer al día siguiente, se había apresurado a robar al tiempo, a los acontecimientos, a la política, algunas horas felices.

Estuvo amable con aquellas dos señoras, pero adorable conmigo; me hizo sentar a su lado, y durante toda la cena, me sirvió ella misma.

Estaba yo acostumbrada a beber agua pura, o cuando más, a teñirla con un poco de vino francés; pero, para acceder a las instancias de la Reina, tuve que probar todos los fuertes vinos de Sicilia y Hungría, que parecían encender la sangre de mis venas.

Estando cenando, nos fué anunciada la llegada de los invitados por la Reina a la recepción, los cuales esperaban en el salón.

La Reina mandó abrir las puertas, se apoyó en mi brazo y se presentó.

He dicho que aquella noche estaba más hermosa que nunca. Parecía fe-

no de estos instrumentos. Yo tocaba los dos.

Cogí el arpa. Era evidente que iba a hacer mi *debut* más solemne.

Algunos meses antes había sido descubierto en Herculano un manuscrito que contenía versos de Safo.

Estos versos habían sido traducidos en italiano por el marqués de Gargallo y puestos en música por Cimarosa.

Desaté mis cabellos, que eran muy largos y abundantes, y que cayeron sobre mi espalda, más abajo de la cintura. Ya se sabe que yo sobresalía en la mímica, aptitud que me permitió imprimir a mi fisonomía los rasgos de inspiración de la poesía antigua, y, a seguidas de un prelude que me valió los primeros aplausos de aquella noche, entoné los siguientes versos:

«Hija de Júpiter, ¡oh, Venus inmortal! Que sobre un trono de oro riges el universo.—No sumerjas a mi alma en la cruel angustia.—¡Venus, perla divina encerrada en el seno de los mares!»

.....

«Tengo necesidad de recordar a mis lectores el grado de perfección a que había llegado en esa clase de representaciones, mitad cantadas, mitad gesticuladas? Desde la primera estrofa, me indentifiqué completamente con el personaje, y por consiguiente, me apoderé de mi pequeño público. Si los aplausos no me interrumpían al final de cada estrofa, era porque el auditorio temía perder un acento de mi voz, una vibración del instrumento; pero, cuando en el último verso de la última estrofa, cayendo de rodillas, puesta la mirada en el cielo, dirigí a la diosa esta súplica:

«Yo te imploro de rodillas. ¡Socorro, Venus, socorro!...»

Se produjo un movimiento general de admiración y asombro.

Era innegable que acababa de producir un efecto desconocido, una emoción ignorada, algo completamente nuevo, no esperado.

La Reina me abrazó con efusión.

—¡Otra vez, otra vez!—exclamó.—

Emma, yo te lo pido.

—Majestad—le dije,—debo mi éxito a una sorpresa; desde el momento en que ya no habría sorpresa, dejaría de haber éxito. No exija, pues, de mí una repetición; pero intentaré otra cosa, si así lo quiere Vuestra Majestad.

—Todo cuanto quieras; pero, ¡pronto, pronto! Estamos ansiosos por aplaudirte. ¿Ha visto usted nunca algo parecido, Gatti? ¿Y usted, Rocca-Romana?

Como es de suponer, la respuesta fué unánime y favorable para mí.

Todo el mundo se unió a la Reina para pedirme otra cosa.

Estaba yo segura del efecto que produciría en la escena de la locura de Ofelia.

Pedí a la Reina un velo de tul y adornado de flores.

—Ven a mi gabinete—me dijo,—y escogerás entre todos mis velos el que más te agrade. En cuanto a las flores, en la azotea encontrarás todas las que quieras.

La Reina y yo pasamos a su dormitorio. Elegí un velo sencillo, y luego fuimos a la azotea.

—¿Quieres este geranio? ¿Quieres esta rama de naranjo, esta flor de adelfa?

No era precisamente esto lo que yo necesitaba; esas flores de la civilización y de la aristocracia hacían contraste con la locura de Ofelia. Las flores que a ésta convenían eran amapolas, acianos... ¿qué sé yo? Las flores que me ofrecían eran buenas para la hija de María Teresa, pero no para la de Polonio. Mas yo empezaba a no mostrarme ya tan exigente, y a tomar perlas y diamantes cuando no encontraba otra cosa.

La Reina quería quedarse para ayudarme a vestir, a lo que no accedí. Gracias a mi habilidad en esa clase de transformaciones, apenas Carolina hubo vuelto al salón y tomado asiento en su sillón, me presenté ante el auditorio, pálida, con espanto en los ojos y los labios contraídos por la locura.

Si mis espectadores no estaban muy

familiarizados, no obstante ser descendientes de los atenienses, con la poesía de la musa de Lesbos, menos podían estarlo con los cantos del poeta de Straffort-sur-Avon; ninguno de ellos conocía la lengua inglesa lo bastante para comprender a Shakespeare. Así que, aquella fué para ellos una simple escena de pantomima.

Pero, ¿qué me importaba? ¿No era en la pantomima donde yo sobresalía?

Debo declarar que nunca, a mi ver, ni aun en mis inspiraciones más felices, llegué a la altura que alcancé en aquella ocasión. ¡Oh! era verdaderamente la cándida Valentina de Hamlet, la hija desesperada de Polonio, la hermana insensata de Laërte... Era a la vez poeta y actriz; allí donde faltaba el verso, recurría a la improvisación; estoy convencida de que el mismo Shakespeare habría quedado satisfecho de mi labor.

No intentaré expresar el asombro de mi auditorio; probablemente, era la primera vez que la poesía del Norte, pálida y quejumbrosa, penetraba en sus almas. Sólo la Reina reconocía en ello algo de los poetas de su nebulosa patria.

Un grito de todos los pechos me acompañó al retirarme, y el rumor de los sollozos, confundido con el de los aplausos, me siguió hasta mi gabinete.

La Reina se precipitó tras de mí, y me cogió entre sus brazos.

—¿Quién hay?—preguntó, oyendo el ruido de pasos que se acercaban.

La importuna, que era o la San Marco o la San Clemente, o se volvió al salón, o no dió un solo paso más adelante.

La Reina pareció reflexionar un instante; de repente, dijo:

—Aguarda, y no vuelvas al salón.

Yo no deseaba otra cosa; estaba muy cansada.

Me dejé caer sobre un sillón; la Reina se separó, y oí que decía:

—Nuestra inglesa, para mayor gloria de su poeta y para mejor recrearnos, se ha excedido, de suerte que se siente poco menos que muerta de cansancio. Les pido conmiseración para ella. Buenas noches, señores.

—¿Está permitido, cuando menos, aplaudirla?—preguntó Rocca-Romana.

—¡Oh! cuanto ustedes quieran—dijo la Reina,—en el bien entendido de que jamás aplaudirán bastante. ¡Reconozcan que es maravilloso!

Estalló una tempestad de aplausos y aclamaciones; la Reina dió las gracias a sus damas de honor que le ofrecían sus servicios, y cerró la puerta tras ellas.

Cuando volvió, me vió levantando la cortina de seda del salón.

—¡Ven, sirena! ¡ven, Circe! ¡ven, Armida!—dijo.

Y echándome el brazo alrededor de mi cuello, me empujó hacia el canapé.

Enlazadas, caímos cerca del arpa.

—¡Oh!—dijo la Reina,—has cantado las estrofas de Safo empezando por este verso:

«Hija de Júpiter, oh, Venus inmortal!»

No eran estos versos los que me debías haber cantado, sino estos que empezaban así:

«Sentado a tu lado, éste que suspira...»

—Yo no podía cantárselos, querida Reina—le dije—porque no los sabía.

—Bien, yo los sé—replicó,—y voy a decírtelos.

Hundió una rodilla en la mullida alfombra, a mis pies, y, con fiebre en la mirada, pulsando las cuerdas del arpa con una especie de delirio, cantó con admirable voz de contralto unas estrofas llenas de pasión y de deseo.

Al extinguirse en sus labios el último verso, llamaron suavemente a la puerta.

—¿Quién hay?—preguntó la Reina con impaciencia.

La servidumbre y el coche de lady Hamilton—dijo una voz.

—Que se vuelvan al hotel de la Embajada—contestó la Reina;—no son necesarios aquí. Hoy retengo conmigo a lady Hamilton.

Y empujándome, me condujo a la sala de baño, diciéndome:

—¡Ven, ven!... Sir Guillermo Hamilton está en Caserta, y no volverá hasta mañana...

con su amante tantas veces como quería, después de la muerte del ministro Tannucci; y las logias masónicas se reunían y crecían con toda libertad, a cuya sombra conspiraban contra la realza.

En aquella época, varios hombres notables aparecieron y formaron doctrina en Italia.

Eran los herederos de Vico, Genovesi, Beccaria, Filangieri, Pagano, Cirillo, Corforti y, en fin, todos los que querían el triunfo de los mismos principios, o sea el progreso caminando al través del mundo a la luz de esa filosofía que acababa en Francia de convertirse en incendio.

Todo lo que, en la Italia meridional, tenía puesta la mirada en Francia, sabiendo de antemano que el movimiento vendría de París, se estremecía de júbilo ante la noticia de la toma de la Bastilla.

Se comprenderá que la corte de Nápoles experimentase una sensación completamente opuesta.

La Bastilla tomada, y tomada sin asedio, en un día, en tres horas, por un pueblo ayer desarmado, hoy poseedor de treinta mil fusiles; la escarapela blanca, ese emblema de la monarquía, convertida en escarapela tricolor, emblema de la Revolución; Luis XVI, adoptando ese emblema y colocándolo en su sombrero; todo eso era inaudito, inesperado, increíble, y debía llenar de estupor a la corte de Nápoles.

Las relaciones políticas, debido al odio de Acton hacia Francia, y a la influencia que éste había adquirido, se enfriaron entre ambos reinos; pero las relaciones de familia entre María Carolina y su hermana eran más tiernas que nunca, y raramente se pasaban quince días sin un cambio de cartas, en las que ambas archiduquesas se contaban sus alegrías, sus pesares, y sobre todo sus decepciones conyugales.

Sea que el ministro Acton, en su instinto de odio, adivinase los sucesos que se preparaban en Francia, sea que él no cediese más que a su sentimiento de venganza, exageró, en vez de aminorar, los terrores del rey Fernando, y le hizo prever el caso de una in-

XLIX

La desgracia que desde la víspera serniase sobre la Reina, era la toma de la Bastilla.

Ciertamente, nada podía sumir a Carolina en más profundo estupor; era como si le hubiesen participado que los napolitanos habían tomado el castillo de San Telmo.

Esta noticia, aunque no se conocía por otro conducto que el mensajero llegado de Francia, y aunque éste quedó detenido y encerrado en el palacio, se esparció por toda Nápoles y produjo honda sensación.

Cuando, algunos años antes, la francmasonería en Francia, los iluminados en Alemania y los prosélitos de Swedenborg en Suecia, empezaron a formar sociedades secretas, la francmasonería había realizado algunos progresos en Italia, sobre todo en la Meridional. Esta invasión masónica tuvo lugar al iniciarse los amores de la Reina con el príncipe de Caramanico, y Carolina, que buscaba todas las ocasiones de encontrarse con su amante, le había inducido a hacerse masón, a lo que él accedió sin vacilar, y ella misma, amparándose en la ley que permitía fundar logias a las mujeres, se nombró venerable de una de ellas, a la cual estaban afiliadas algunas damas napolitanas. En cuanto al Rey, siempre se mostró refractario a afiliarse a ninguna, a causa de las pruebas físicas y morales a las que no quería someterse, por no estar seguro de salir airoso de ellas.

Luego, poco a poco, habiendo la Reina adquirido más libertad, pudo verse

tervención armada, en la que Nápoles tendría que desempeñar un papel o cumplir una misión.

Tenia un poderoso auxiliar en sir Guillermo Hamilton, que sentía amor rayano en el fanatismo por su hermano de leche, por el rey Jorge y por Inglaterra, su patria.

En cuanto a mí, ajena a toda cuestión política e ignorante de los derechos de los pueblos y del poder de los reyes, debía naturalmente seguir a ciegas el impulso que me comunicasen, máxime si ese impulso procedía de un hombre como sir Guillermo, a quien todo el mundo reconocía una inteligencia superior, y de una mujer como María Carolina, que, desde el primer día que la vi, había ejercido sobre mí un gran influjo.

A partir de aquel instante, participé de los odios y de las simpatías de las personas que me rodeaban, sin razonar ni unos ni otras. Es, pues, de comprender que tales sentimientos, más bien instintos, acabasen por convertirme en agente pasivo de aquellos que me los inspiraron, o, en otros términos, de las personas que los sembraron en mi alma.

Las noticias de Francia no se limitaron a la toma de la Bastilla y a un cambio de escarapela. Se supo de las jornadas de los días 5 y 6 de octubre, durante las cuales habían sido invadidas las habitaciones del palacio de Versalles, con muerte de dos guardias, y conducidos violentamente a París el Rey y la Reina.

Esta última noticia entristeció sobremanera a la reina Carolina; había-me mostrado una carta de su hermana María Antonieta, en la que ésta le comunicaba un proyecto que consistía en huir de Francia, o bien reconquistar todo el poder perdido por la realeza desde el mes de julio.

Este proyecto debía producir un incendio en toda Europa, y por eso mismo llenaba los deseos de María Carolina, que, entrando en lucha contra la Revolución, se encontraba en su elemento.

He aquí el desarrollo de aquel proyecto. Por lo que en breves líneas voy

a exponer, se verá que la idea fundamental era la fuga a Varennes.

Debíase atraer y reunir alrededor de Versalles nueve mil hombres que componían la llamada casa del Rey; de esos nueve mil hombres, las dos terceras partes pertenecían a la nobleza, y, por consiguiente, eran adictos.

Se apoderarían de Montargis, ciudad situada a veinte leguas de París, aproximadamente, y en la cual gobernaba el barón de Viomesnil, conmillión de La Fayette en América, pero que, por envidia a éste, que se había hecho constitucional, él, a su vez, se pasó al partido contrarrevolucionario.

Diez y ocho regimientos elegidos entre los carabineros y dragones, es decir, entre las dos armas más realistas, ocuparían los caminos y cerrarían el paso a todo convoy de víveres que se dirigiese a París.

El Rey y la Reina se retirarían a Montargis, y desde allí avisarían lo que debía hacerse; probablemente reducir a París por medio del hambre.

El dinero no faltaría; además del que el Rey podría llevar de París, se contaba con las dádivas voluntarias; un solo agente de benedictinos había ofrecido cien mil escudos.

María Carolina exclamó:

—Yo daré un millón, aunque tenga que vender mis joyas.

A esta ofrenda real, añadí humildemente, en nombre de sir Guillermo y en el mío, la nuestra de cincuenta mil francos, que fueron aceptados.

Pero las jornadas del 5 y 6 de octubre hicieron imposible la ejecución de aquel plan.

Todas estas noticias gravitaban sobre la reina de Nápoles; tenía ella el presentimiento de que un día, en circunstancias parecidas a las de su hermana, se vería obligada, como ésta, a huir, o bien a inclinar la cabeza bajo el peso de la voluntad popular.

Calculó que era llegado el momento de estrechar los lazos de familia con Austria, y, por méritos de esta unión, de ofrecer a su hermana María Antonieta, cada vez más divorciada del pueblo, el único punto de apoyo que podía invocar contra su pueblo, la familia.

La Reina me demostró tal confianza, que me imponía de todos los acontecimientos y además me consultaba sobre todas las cuestiones.

Dos de sus hijas estaban en edad de contraer matrimonio; entre las cortes de Nápoles y de Austria, se acordó casarlas con los archiduques Francisco y Fernando, y que el príncipe heredero Francisco de Nápoles, duque de Calabria, que a la sazón contaba solamente trece años, se casaría, al llegar a edad para ello, con la joven archiduquesa María Clementina, que tenía diez años menos que él.

Por su parte, María Antonieta mantenía activa correspondencia con su hermano José II, por mediación de sus consejeros, que, por desgracia, eran todos austriacos. Esos consejeros eran el abate Vermond y el conde de Breteuil. El embajador de Austria en París, conde de Mercy-Argenteau, recibía las cartas de Viena y enviaba a Viena las cartas de París.

El 20 de febrero de 1790, el emperador de Alemania, José II, falleció, y algunos días después la Reina supo este fallecimiento, que, por otra parte, era esperado hacía mucho tiempo. El Emperador murió tuberculoso, desesperado de haber reinado sin gloria, después del reinado glorioso de María Teresa, y previendo en su lecho de muerte los peligros que amenazaban a su familia.

El gran duque de Toscana Leopoldo subió al trono; gozaba reputación de filósofo profundo y gran reformador. La reina Carolina temía que la filosofía de su hermano llegase al extremo de permitir, sin oponerse, que se desarrollasen los acontecimientos de Francia.

Esta consideración la determinó a efectuar un viaje a Viena con su marido. El objeto aparente era ponerse de acuerdo con el nuevo Emperador, que quería mucho a su hermana María Carolina, respecto a los concertados enlaces de familia; el objeto real era ponerse de acuerdo con respecto a los medios de salvar a María Antonieta, sea facilitándole la fuga, sea operando una contrarrevolución en Francia, o bien

formar una coalición para intervenir con las armas.

La Reina no podía resolverse a dejarme; yo era, decía ella, la única persona cuya ausencia sentiría. Hizo que le prometiese escribirle tres veces por semana.

Le propuse acompañarla, y aceptó con gratitud; pero mi presencia en la corte de Viena, como mujer del embajador de Inglaterra, pareció demasiado significativo a sir Guillermo en aquellas circunstancias en que se tramaba en aquella Corte una coalición contra Francia.

Expuso sus razones a la Reina, que las encontró justificadas y que fué la primera en decirme que me quedase.

María Carolina se separó de mí con verdadera desesperación, algunos días después de la muerte de su hermano. Me obligó a jurarle que, en su ausencia, no vería a nadie más que a mi viejo adorador el conde de Bristol, al cual me recomendó encargándole que guardase su tesoro; se llevó consigo mi retrato y me dió el suyo, y, como suprema prueba de confianza y de amistad, me rogó que le guardase su cofrecito.

Durante su estancia en Viena, recibí carta suya semanalmente. Me contaba las fiestas de la coronación, a las que asistió, tanto en Viena como en Pesth, pues, como rey de Hungría, el Emperador debía recibir la corona real en ambas capitales. En cuanto a los asuntos políticos, a las medidas para salvar a María Antonieta o coligar a Europa contra Francia, una sola línea, en postdata, aludía a esos extremos y contenía estas tres palabras solamente: *todo va bien*.

En efecto, durante ese viaje, Carolina, reunida con su hermano, preparó la fuga a Varennes y se resolvió tener preparado un ejército para sostener al rey y a la reina de Francia en seguida que hubiesen pasado la frontera.

El rey Fernando, a su regreso a Nápoles, pondría a su ejército en disposición de obrar combinado con el austriaco.

En los primeros días de abril recibí una carta de la Reina anunciándome

su regreso; pero, obligada a pasar por Roma para arreglar algunos asuntos con el papa Pío VI, se detendría allí una semana.

Apenas llegó a Roma, me escribió. La frialdad de relaciones que existía entre la corte de Roma y la de Nápoles desde algunos años atrás, y que tenía por causa el haberse negado el rey Fernando, o mejor dicho el viejo ministro Tannucci, a pagar cierto tributo, esa frialdad, repito, desapareció ante el común peligro. Entre ambos soberanos se acordó abolir el referido tributo y que los soberanos de Nápoles ofrecerían una importante cantidad en metálico al Sumo Pontífice, en señal de su devoción a los apóstoles San Pedro y San Pablo.

En la carta que me anunciaba su salida de Roma, la Reina me indicaba el día y hora de su llegada a Caserta, a donde me decía que fuese a esperarla, para adelantar el momento de vernos y poder hablar con más intimidad.

Sólo yo tenía conocimiento de su llegada; nadie, ni siquiera sus hijos, la esperaba aquel día, sino al siguiente.

El Rey seguiría el viaje hasta Nápoles, y, mientras la Reina descansaría en Caserta, él celebraría consejo con Acton y sir Guillermo, para quien no tenía secretos la corte de Nápoles.

Para demostrar, a mi vez, una impaciencia igual a la de la Reina, había adelantado mucho la hora de su llegada, y cuando se divisó su carruaje en el camino de Capua, pude saludarla de lejos agitando mi pañuelo. La Reina me vió y agitó el suyo para responderme. El coche real aumentó la rapidez de su marcha, y sólo tuve el tiempo necesario para bajar la escalera y recibir a Su Majestad en mis brazos.

Según estaba convenido, el Rey continuó el viaje, y la Reina y yo quedamos solas en Caserta.

L

Gracias a la precaución tomada por Su Majestad, pudimos estar juntas veinticuatro horas.

María Carolina rebotaba de satisfacción. Además del placer que decía sentir viéndome de nuevo, venía con la seguridad que el emperador Leopoldo alimentaba en una coalición contra Francia, tan odiada de ella; y se esperaba que en esa coalición entraría Prusia. Durante su permanencia en Viena, la habían visitado algunos emisgrados, que unánimemente le presentaron a Francia desgarrada por diez diversos partidos y clamaban a voces por una intervención armada. Según ellos, sería cuestión de un simple paseo, desde la frontera a París, el cual ni siquiera tendría el mérito del peligro. En cuanto a Luis XVI y María Antonieta, todo estaba pronto para su huida; el 12 de junio saldrían de París, y por la vía de Châlons, Verdun y Montmédy, alcanzarían la frontera, donde los esperaría el rey de Suecia, Gustavo, que se pondría en el acto a la cabeza del ejército destinado a marchar sobre París.

En el interin, la Reina debía procurar que entrasen en la coalición todos los pequeños príncipes de Italia y el rey de España, cosa que se consideraba muy fácil, por ser el rey Carlos IV hermano del rey Fernando.

María Carolina no dudaba del éxito de esta doble operación política, y saboreaba por anticipado la alegría del odio satisfecho y del orgullo vengado.

No sé si la Reina tenía tanta dicha en descender hasta mí como yo la sentía en subir hasta ella: lo dudo. En las amistades reales que quieren olvidar la dignidad del trono, existe una rara atracción, en que esas amistades ha-

blan simultáneamente al corazón y a todas esas fibras orgullosas que, en la mujer sobre todo, corresponden a las más secretas ambiciones del alma. Por ninguna mujer del mundo hubiese yo sentido del modo profundo que sentía por la Reina, por lo mismo que era Reina, que se llamaba María Carolina y era hija de María Teresa; al paso que yo, ¿qué representaba, qué era a su lado, aun olvidando que había sido Emma Lyon, para acordarme solamente que era lady Hamilton?

No hay, pues, motivo de extrañeza si la sugestión de esta real privanza me arrastró a tan grandes faltas, a tan grandes crímenes. ¡Ay de mí! yo soy una esclava del orgullo.

Mientras la Reina y yo estábamos en Caserta, el Rey reunió el Consejo, y al día siguiente de su llegada se acordó hacer todos los preparativos para la guerra con Francia, y que se vigilase escrupulosamente el espíritu revolucionario que parecía querer extenderse en Nápoles, pues había el peligro de que produjese los mismos desórdenes que en Francia.

Era una muy peligrosa decisión el hacer la guerra a Francia, porque ni el rey de Nápoles ni el pueblo napolitano tenían temperamento bélico.

Las inclinaciones belicosas del Rey se limitaban a una pasión inmoderada por la caza, y si, por casualidad, había alguna vez desviado la dirección de su fusil para dirigirla contra un hombre, procuraba que éste fuese algún inofensivo campesino, con quien el Rey se entretenía tomando su sombrero por blanco de su puntería. Pero como quiera que alguna vez ocurrió haber dado en el cráneo del infeliz en lugar de hacerle volar el sombrero, renunció a ese género de diversión, limitándose a disparar contra los gamos y jabalíes.

En cuanto al pueblo napolitano, aparte algunas revueltas, de las cuales la de Masaniello había sido la más seria y durado catorce días, aunque yaiente en las luchas individuales, siempre se mostró poco aficionado a los combates colectivos. Los siete millones de hombres que en aquella época lo formaban, no tenían ninguna pre-

paración en el ejercicio de las armas; y después de las batallas de Bitonto y Velletri, en las que los napolitanos no habían tomado parte, puesto que se habían librado entre españoles y austriacos, Nápoles no había oído el estampido del cañón. La última, la de Velletri, había tenido lugar cuarenta y ocho años antes, y su eco había tenido tiempo de extinguirse para la generación actual, que se componía de los nietos de aquellos que la habían presenciado.

No sin razón sospechaba la Reina que los nuevos principios proclamados en Francia habían repercutido en Nápoles. Todo el *mezzo ceto*, formado principalmente de abogados, médicos y artistas, estaba imbuido de tales principios. La juventud, sobre todo, que había devorado los libros de Voltaire, de Rousseau, de los filósofos y enciclopedistas, y que veía prohibir severamente y perseguir con saña esos libros, autorizados antes, la juventud se preguntaba con qué derecho, cuando un pueblo vecino caminaba hacia la luz, se le quería mantener en las tinieblas.

Empujado por la Reina, por Acton y sir Guillermo, el rey Fernando hacía los preparativos de guerra, sin abrigar muchas esperanzas en el triunfo de su ejército; pero no podía retroceder. Fernando se había comprometido a tomar parte en la gran contienda que se preparaba, y al propio tiempo tenía formado el firme propósito de no arriesgar su vida.

Entretanto, los días transcurrían, y se aproximaba el 12 de junio, señalado para la fuga del Rey. La Reina me hablaba todos los días de esta tentativa desesperada de su hermana y de su cuñado, y no se le ocultaba que en aquel golpe se jugaban el todo por el todo.

Sin explicar con qué objeto, María Carolina encargó, para el 12 de junio, rogativas en todas las iglesias.

Aquel extraño organismo encerraba dos opuestas tendencias: era a la vez supersticiosa y entendimiento bien equilibrado; y los instintos devotos luchaban en ella con la educación filosófica.

Llegó el 12 de junio; todo el día se lo pasó arrodillada en la capilla del castillo, sin permitirme que la acompañase, temiendo que, siendo yo herética, mi presencia le atrajese la desgracia; pero, por la noche, envió a buscarme, me retuvo a su lado, y estuvo largo rato siguiendo, sobre un mapa, la huida que tan preocupada la traía.

—A esta hora, deben abandonar las Tullerías—decía.—A esta hora, habrán llegado a Bondy; estarán ya en Meaux, en Montmirail.

Se recogió a las cinco, y se durmió a las ocho.

Por la tarde llegó un correo de Francia, portador de una carta de María Antonieta.

Yo estaba al lado de la Reina cuando llevaron esa carta. La abrió con temblorosa mano, y a la primera línea exclamó con impaciencia:

—¿Oyes, Emma? ¡No han partido el día 12!

Y sacando su pañuelo, se enjugó la sudorosa frente; luego continuó en estos términos:

—Madame de Rochereul, querida de un ayudante de La Fayette, se encontraba al servicio del Delfín hasta el 13 por la noche; se teme una delación... Es prudente—murmuró,—pero hubiese sido mejor haberlo pensado antes.

Leyó de nuevo algunas líneas.

—La partida se ha diferido para el 18—dijo.—¡Todavía ocho días de angustia!

Estrujó el papel con la mano, y se lo puso en el pecho.

—¿Quién ha sido el portador de esta carta?—preguntó.

—El que Vuestra Majestad envió, hace tres semanas, a la reina de Francia.

—¿Ferrari?—preguntó.

—Sí, Ferrari.

—Háganle subir; seguramente tendrá algo que decirme de viva voz.

—Así debe ser, pues ha encargado que se diga su nombre a Vuestra Majestad.

Momentos después, se presentó Ferrari.

Era un hombre de veintiocho a treinta años, y hacía unos diez que estaba sirviendo en el castillo. Excelente jinete, recorría sin descansar distancias de cien y doscientas leguas. María Carolina lo había recomendado a su hermana como hombre en el que podía fiar a ciegas.

María Antonieta, no obstante la vigilancia que sobre ella ejercía M. de La Fayette, consiguió hacer entrar a Ferrari en las Tullerías, y le había dado todos los detalles de la forma en que se esperaba burlar la vigilancia general de la guardia nacional.

Para tener una idea de las dificultades que presentaba la fuga, hay que saber cómo estaba guardada la familia real.

La Fayette, respondiendo de ella con su propia persona ante la Asamblea, tenía tomadas todas las precauciones.

Seiscientos guardias nacionales montaban día y noche la guardia en las Tullerías.

Dos guardias a caballo permanecían constantemente frente a la puerta exterior.

En todas las puertas del jardín había centinelas apostados.

En el interior, las precauciones no eran menos.

Colocáronse centinelas en las salidas que conducían al gabinete del Rey y de la Reina, en los corredores, en los patios.

El Rey y la Reina no salían nunca sin la escolta de dos o tres oficiales de la guardia nacional.

En medio de todas estas dificultades, he aquí lo que el Rey y la Reina habían combinado:

La primera dama del Delfín, de la cual se desconfiaba, abandonaba su servicio el 12, conforme la reina María Antonieta lo decía en su carta.

La pequeña habitación que ocupaba en las Tullerías iba a quedar desocupada.

Ese cuarto comunicaba con un departamento vacío hacía seis meses, que pertenecía a M. de Villequier, primer gentilhomme de cámara; estaba vacío porque M. de Villequier había emigrado. Ese departamento, situado

en la planta baja, tenía dos salidas: una al patio de los Príncipes, otra a la calle Real.

La Reina diría que se reservaba para *madame* Royale la habitación de *madame* Rochereul, que quedaba vacante por haber ésta cesado en su servicio.

Respecto al departamento de M. de Villequier, el Rey, hábil cerrajero, forjaría una llave con que poder abrirlo; por muy numerosos que fuesen los centinelas, se había olvidado de poner uno a la puerta de dicho departamento; por lo demás, después de las once, los centinelas de los patios estaban acostumbrados a ver salir muchas personas a la vez, por haber terminado a tal hora el servicio del castillo.

Había, pues, medio de salir, sin ser reconocido, confundido con los demás que iban y venían.

Una vez fuera de las Tullerías, un sueco fiel a la Reina, M. de Fersen, se encargaría de lo demás. Disfrazado de cochero, esperaría a los fugitivos, y los conduciría a la barrera de Clichy, donde tendría preparada una berlina de viaje en casa de uno de sus amigos, M. Crawford.

El Rey saldría disfrazado de intendente, cuya indumentaria consistía en chaqueta de satén, calzón gris, medias de igual color, zapatos con hebillas y un pequeño tricornio.

Un camarero del Rey, llamado Hue, de estatura igual al Rey, salía desde hacía dos o tres días, y continuaría saliendo hasta la noche de la evasión, a fin de despistar a los vigilantes que se acostumbrarían a ver pasar a un hombre vestido de gris.

El Delfín sería vestido de niña.

La Reina, *madame* Elisabeth, *madame* Royale, saldrían entre las mujeres de servicio, y se esperaba que pasarían inadvertidas.

A todos ellos les faltaba pasaporte. M. de Fersen se encargó de arreglar este punto: una de sus amigas, *madame* de Korff, iba a salir de París; tenía pasaporte para ella, sus dos hijos, un camarero y dos camareras. Entregó ese pasaporte a M. de Fersen, quien, a su vez, lo puso en manos de la Reina.

M. de Bouillé, hombre de pensamiento y de acción, en quien el Rey podía contar, tenía bajo su mando todas las tropas de la Lorena, de Alsacia, del Franco Condado y de la Champagne; estaba encargado de hacer explorar el camino que conduce de Châlons a Montmédy de paso para Varennes.

Tropas escalonadas en ese camino y mandadas por oficiales de confianza, esperarían la llegada del Rey y le servirían de escolta.

Para atender a todos los gastos, se envió a M. de Bouillé un millón en papel moneda.

Tal era la situación cuando el 13 de junio llegó Ferrari a Nápoles. Había empleado nueve días en el viaje, y, por lo tanto, su salida de París había sido el 4.

La reina María Carolina dió doscientos ducados a Ferrari, le invitó a que fuese a descansar y dijo que estuviese preparado para cualquier acontecimiento que pudiera ocurrir. Ferrari respondió a Su Majestad que le bastaban veinticuatro horas y que también antes podía disponer de él.